

6

D I S C U R S O

QUE EN LA APERTURA

DE LA

ACADÉMIA MÉDICO-QUIRÚRGICA

DE

GALICIA Y ASTURIAS

EL DIA 2 DE ENERO DE 1841

PRONUNCIÓ SU VICE-PRESIDENTE

el Vic. Don Ricardo Bernardez.



CORUÑA: IMPRENTA DE IGUERETA: 1841.

1776

1776

Medicina, non humani
ingenii partus, sed temporis
filia.

Baglivo

CAÑONES.

La historia de la Medicina, la de los diferentes sistemas que la han invadido y dominado, la de sus progresos y revoluciones, la historia de ciertas enfermedades especiales como la peste, la viruela, la locura, el morbo gálico, el cólera asiático, la lepra, &c. han sido siempre el objeto de los que han pronunciado discursos análogos al que tengo el honor de leer á esta respetable Académia. Agotada esta rica mina, explotada por tantos y tan célebres profesores, no hallando ya en ella mas que abrojos y maleza, sin pretender ser original, me propongo abandonarla, y elegir por punto principal de mi discurso las diferentes preocupaciones que reinan en Medicina, y particularmente el abuso que hacen algunos Médicos de ciertos y determinados remedios: la materia es árida, acaso poco á propósito para un discurso académico, pero la creo eminentemente útil; y en medicina lo útil es la primera Divinidad que ecsige todos nuestros holocaustos.

¿Cuando seremos ecléticos? decia un célebre profesor aleman. Nadie conoce esta necesidad como aquellos Médicos que tanto tiempo ha buscan el critério de lo cierto y verdadero; y mientras no se resuelva este problema, los sistemas, métodos y doctrinas nacen, dominan y pasan, dejando en su tránsito impresiones muy profundas y difíciles de destruir, originándose de aqui la mayor parte de las supersticiones de la profesion. Los partidarios de las teorías exclusivas, sobrepasando al maestro, siempre ecsageran sus principios: un sistemático deduce consecuencias estremadas, mas los sectarios entusiastas van siempre hasta el absurdo; este es su límite.

Un medicamento ó cierto modo de administrarlo produce alguna ventaja, cien curas milagrosas anunciarán que al fin se halló ya la panecéa universal, y que el incienso debe arder con profusion ante el altar del pretendido Esculapio. Así fue como el antimonio lo ensalzaron hasta las nubes, y como Helvecius ganó millones con la ipecacuana, Keiser con sus confites, Ailhaud con sus polvos, y tantos otros cuyos nombres yacen ahora en el mas profundo olvido. Los medios mas comunes de curacion que en el dia practican los profesores modernos, tambien tuvieron sus tiempos de voga y triunfo. La sangria, los purgantes, el mercurio, el Kermes han sido preconizados y aconsejados desmesuradamente, asi como lo fueron y aun son las sanguijuelas, los baños de vapor, los de mar, los cloruros &c; pero como la razon y el recto juicio se oponen á que por mucho tiempo domine todo lo que tiene un carácter esclusivo, vienen al fin los desengaños, y de aqui el desprecio y el abandono; á no ser que volviendo otras teorías y con ellas los mismos medios terapéuticos, sean estos sucesivamente empleados, elogiados, elevados al apoteosis, despreciados luego, y últimamente entregados al olvido.

Sin embargo en estos movimientos y transformaciones de la medicina quedan siempre algunos principios inatacables, que son la verdadera base de la ciencia. Pero ¿á quien pertenece reconocerlos, quien es el que los señala y marca con el sello de la certeza? los eléctricos, señores, el electismo, que por ser la única piedra de toque de la verdad siempre fue y será censurado violentamente por los sistemáticos, porque al fin el es quien decide las cuestiones. Que importa que un sistemático en medio de aquellas fanfarronadas tan propias de su esclusivismo grite lleno de orgullo; ya se ha descubierto el arcano, esta si que es la verdadera luz. Semejante charlatanería podrá fascinar algun tiempo, pero al fin pronto se verá si la tal luz es la del sol ó la de algun fuego fatuo que desaparece en el espacio. Mas ¿á quien compete dicitirlo oportunamente para alejar toda funesta consecuencia? Hay prácticos oscuros y aun ignorados, pero llenos de juicio, que observan y juzgan sin prevencio-

nes ni presuncion con una fria é impasible equidad; hay en estos prácticos, una especie de presentimiento y espontaneidad instintiva, que sin acaso saber la razon, comprenden no obstante lo que conviene y lo que perjudica. Este es el verdadero tribunal de la experiencia en donde se condenan y castigan semejantes doctrinas, que á la verdad no son mas que una espiritual audacia de paradojas. Acaso se me objetará que este práctico no es una autoridad; si señores, lo es y mucho; su tacto y su juicio siempre serán autoridad: ademas que hay millares que piensan y obran como él; y de esta reunion resulta con el tiempo una masa de hechos y pruebas, y una experiencia colectiva contra la cual no hay sistema alguno que resista. En buen hora se elogie este método, aquel medicamento, el modo de aplicarlo, nada habrá real y verdadero para la ciencia, si los prácticos, que no teniendo otro sistema que el electismo, no dan su consentimiento. Poco importaría que el célebre Médico Español Soto en su escelente tratado de viruelas dijese, que estas eran poco temibles, siempre que se sangrase, y se sangrase á tiempo, si experiencias multiplicadas no confirmasen, aunque con restriccion, esta verdad. Lo que acabo de decir nos esplica el como las supersticiones médicas, nacen y desaparecen, para reproducirse en seguida, brillar algun tiempo y volver al fin á eclipsarse. Sin ir á buscar muy lejos un ejemplo, ahí tenemos la sangria: ¿No esperiméntó esta todas las vicisitudes de las teorías médicas? Nada demuestra la influencia de ellas sobre la práctica, como el destino, permítaseme la espresion, de este medio terapéutico. Botal quiere que se sangre hasta el último extremo *etian in hydrope* supongo que hablaría de la hidropesia pasiva. Vanhelmont el mas decidido de los hemophobos se gloriaba de no sangrar, ni aun en la pleuresia. *Ego sané homini pleurítico sanguinen mitto*. Esta locura le costó la vida.

Los Franceses, cuya volubilidad de carácter siempre fué proverbial son en mi concepto la verdadera materia prima de los sistemas. Los que allí no nacen, los prohijan y aun ecsageran. En el siglo 17, llegó en Francia el abuso de la sangría á un extremo

tan bárbaro, y adquirió un imperio tan ilimitado, que Luis 13, de una constitucion delicada y aun miserable, fué sangrado en los últimos diez meses de su vida 47 veces, tomó 215 purgas y le administraron 200 lavativas: todo aconsejado por Citois, médico de su cámara, y uno de los mas célebres profesores de su tiempo. Guipaten en sus cartas satíricas á su amigo Falconet, se vanagloriaba de haber sangrado sesenta y cuatro veces en ocho meses á un pariente suyo, por estar atacado de un reumatismo violento, y dos veces á un niño de tres dias por una erisipela del cuello, designando siempre este medio en sus citadas cartas con el nombre de *buena, santa y divina sangría*, y criticando del modo mas virulento á los médicos que usaban del antimonio, llamándoles *tropa estivial ó estigial*.

Esta supersticion médica duró por mucho tiempo, no olvidando en sus correrías de invadir tambien nuestra España, en la que se afirmó de un modo tan esclusivo, que el cuadro del Dr. Sangredo en el Gil Blas de Santillana es una copia muy pálida de la práctica de los profesores de aquella época. En el siglo siguiente se prefirió la sangría del pie á la del brazo, recurriendo á ella en casi todos los casos. Hénequin combatió esta preocupacion, pretendiendo que la sangría del pie no era revulsiva y se fundaba en que todos los vasos por donde circula la sangre desde la cabeza á los pies, forman tantos pliegues y repliegues, que poniéndolos en línea recta podrian estenderse de Paris á Pekin, y así decia ¿como atraer de arriba abajo con la sangría del pie el humor morbífico? Boerawe, apesar de tener algunas vislumbres de electismo, sostuvo sin embargo el honor de la sangría. Stall su antagonista, rechazando este auxilio como igualmente toda especie de remedios, estableció la autocrácia de la naturaleza, pues pretendía, que habiendo un principio rector, que dirige todas las acciones orgánicas, son inútiles y aun nocivos todos los medios capaces de perturbar sus operaciones; y así es preciso dejar obrar á la naturaleza, como el decía, sin hacer nada. Es admirable ver en su *teoría médica-vera* con que pro-

fundidad este gran médico espone sus principios. En vano fue tratar su doctrina de medicina *pigrorum*, aplicándole al mismo tiempo el dicho de Asclepiades de ser la meditacion de la muerte; Stall apesar de todo tuvo muchos partidarios, y la medicina espectante aun se sigue en el dia por muchos facultativos. Todos los stallianos afectaban un desprecio decidido por toda clase de medicina activa, y el mismo Sidenhan se alababa de hacer en veinte visitas una sola receta. He visto una edicion de las obras de Stall con una hermosísima viñeta en su frontispicio, en la que se representaba á un enfermo acostado en su cama, y al médico de cabecera echando de la alcoba á empujones al boticario que entraba cargado de drogas.

Dehaen y Stoll combatieron esta supersticion, y queriendo volver á dar de este modo mas actividad á la materia médica, puso el ultimo los eméticos tan en moda, que no hace aun veinte años se administraban al principio de toda clase de enfermedades. En Francia, Corbissard habiendo traducido los aforismos de Stoll, fue quien fortificó con su nombre y talento la moda del emético, la que no dejó de estenderse tambien por nuestra España en donde el célebre Severo Lopez lo propinaba hasta en las pulmonías, y segun él, con tanto ó mas écsito que la sangría. Darlo al principio y al fin de cada afeccion patológica, y purgar una ó dos veces al enfermo, era entonces la supersticion general de los médicos, supersticion que aun se conserva entre algunos antiguos prácticos.

Apareció al fin Broun, y su sistema hizo una tan fuerte esplosion en Europa que agitó la medicina hasta en sus fundamentos. Dificilmente podrán formar una idea los profesores jóvenes de nuestra época del entusiasmo que escitó la doctrina de la incitabilidad, particularmente en Italia y Alemania. Lo que aconteció hace doce ó catorce años con el fisiologismo, no es mas que una copia muy descolorida. El Dr. Neyra contaba haber visto en sus viages mas de una docena de desafíos en honor de la debilidad directa é indirecta, y Chanmenton, tan famoso por su erudicion como por su carácter violento, tuvo dos duelos con el Dr. Carrafa Browniano fanático

por sostener, que el lema *meherelé opium non sedat* era falso, y que el Escocés habia mentido descaradamente.

Fácil es comprender en que vinieron á parar las antiguas supersticiones médicas; casi todas fueron entonces destruidas y las que no, modificadas. El arsenal terapéutico volvió á abrirse, y las baterías polifármacas empezaron á disparar sus tiros con una furia indecible contra todas las enfermedades, y como la mayor parte se consideraban asténicas, los medicamentos eran por consiguiente estimulantes, cordiales, activos é incendiarios, proclamando al contrario como un principio, que los purgantes eran siempre un veneno, y la sangría un asesinato.

En Francia y aun en España la autoridad de Pinel contrabalancó mucho estos excesos, y no deja de ser curioso ver como en esta época un médico llamado Chortel escribía lleno de acrimonia contra el autor de la nosografía, acusándole de anti Browniano, y de estar atrasado un siglo en los principios de la ciencia. ¿Quién hubiera creído que pocos años despues habian de hacerle los fisiologistas cargos mucho mas violentos, y en sentido enteramente opuesto? Todos los autores sistemáticos son lo mismo; encerrándose en los estrechos límites del yo y mi doctrina, no pueden comprender que la verdad tenga otro language que el suyo.

Nada diré acerca de las supersticiones médicas de nuestra época, pues demasiado se sabe lo que han sido y producido. Agitadas y desmenuzadas por un electismo severo y juicioso, es ya en el día bien limitado el círculo de su accion.

Lo que aconteció con la sangría tuvo tambien lugar con los mas enérgicos medios terapéuticos. Bien conocidas son las diferentes vicisitudes de los purgantes: las deyecciones abundantes, consideradas por nuestros antepasados como estremadamente saludables, fueron despues tenidas como peligrosas y aun proscritas por los Brownianos; supersticion que duró muy poco particularmente en Inglaterra; pero habiendo aparecido en Francia el

ástro de la doctrina de la irritacion, los purgantes activos empezaron á inspirar temores, y los prácticos colocados entonces entre el caribdis Brownsista y el escyla--Pineliano, dudaron en pronunciarse; mas al fin ganando terreno el fisiologismo, el aspecto siempre amenazador de la gastro-enteritis obligó á los profesores jóvenes á temer los purgantes. No obstante en el dia hay muchos que recurren á ellos, lo que indica que la escesiva irritabilidad de la mucosa gástrica, es en su concepto una pura escageracion.

La quina, considerada por unos como el tirano de los estómagos y como el polvo del *agmen nigrum loyoliticum*, fué reputada por otros como el áncora de la esperanza y el santa sanctorum de los medicamentos. Se pretendia que sin ópio era imposible curar, y al contrario un autor célebre decia, que en lugar de llamarle sustancia narcótica debia designársele con el nombre de *necroticom*. Hace treinta años que el arnica montana fué ensalzada hasta las nubes, llamándole el remedio por excelencia, la quina de los pobres, la panacéa de los golpes, *panacea lapsorum*, y en el dia apesar de todos estos nombres retumbantes, pocos prácticos la usan. El mercurio, considerado por los antiguos como un veneno, ha sido posteriormente proclamado como el salvador de la humanidad, nombre que otra vez le niegan algunos médicos del dia. No acabaria jamás si pretendiese enumerar las infinitas variaciones que han experimentado nuestros medios curativos, establecidos siempre en las doctrinas exclusivas y sistemas dominantes. Lo digno de notarse es que nuestras supersticiones médicas llegaron á ser tambien con el tiempo supersticiones populares. Al hablar el pueblo de humores acres y ardientes, de leche derramada, de gota serena, de medicina de precaucion, de evacuar humores y purificarlos etc. etc. ¿no se conocen en este lenguaje las reliquias de los antiguos sistemas? La supersticion médica del abuso de la sangria ¿no traspasó ya la barrera de nuestras escuelas para llegar á las clases inferiores?

¡Este es el destino de nuestras tan ponderadas doctrinas! Y que, estos hombres que arrastran, imponen y dominan, estos dioses del panteon médico ¿no abrieron los tesoros de su génio sino para vérlos despues ser presa del vulgo profano llegando al fin sus grandes principios anunciados con tanta valentía, como la verdad en esencia, á ser vejezes y por consiguiente despreciados y escarnecidos por los médicos venideros? ¡que crítica tan amarga de nuestras mas brillantes teorías!

Hay sin embargo una supersticion médica que resiste no solo al tiempo, sino á las doctrinas mas opuestas; tal es el abuso de los vegigatorios. La medicina epispástica pertenece á todos los sistemas: al emplearla, los humoristas se propusieron hacer correr los humores, los brownianos combatir la astenia, los contra-estimulistas oponerse á la diatesis esténica, y los partidarios del fisiologismo obrar una revulsion. Esto prueba dos cosas; la utilidad real y positiva de los vegigatorios, y la facilidad con que se pueden interpretar de diferente modo hechos enteramente idénticos.

Los epispásticos son indispensables en el ejercicio de la medicina, pero del uso al abuso, y de una juiciosa administracion á una ciega rutina, hay grande diferencia, y de este modo es como llega á ser peligroso cualquier medicamento por útil que sea. Se me objetará que esta doctrina es aplicable á toda especie de medicamento; en thesis general no puede negarse, no obstante parece que el abuso de la sangría, el de los purgantes, el del opio &c, llama mas la atencion del práctico sistemático, duda y se detiene antes de su administracion. Pero ¿sucede lo mismo con la de los vegigatorios? No lo creo. No se ven aplicar diariamente y con profusion vegigatorios en sujetos nerviosos, delicados, irritables y estenuados? Casi siempre sucede que estos ecuatorios nunca conservan por mucho tiempo sus justos límites. Entonces se les estimula é irrita; pronto supuran abundantemente, y estendiéndose se ulceran y profundizan, cubriéndose de granulaciones mas ó menos voluminosas; y en este caso no solo la supuracion debilita y fatiga á los enfermos, sino que la in-

flamacion del dermis produce una perturbacion general y un estado habitual de mal estar, que se confunde la mayor parte de las veces con los verdaderos síntomas de la enfermedad.

La escuela llamada fisiológica no ha dejado de indicar en medio de su exclusivismo el abuso de los epispásticos; sin embargo lejos de cesar este abuso, ha degenerado ya en una verdadera supersticion. Hace mucho tiempo que es un principio entre el vulgo médico y no médico, que cuanto mas irritado está un vegigatorio, mas obra sobre el principio morbífico, ya atacándolo directamente, ó ya desalojándolo ó dividiéndolo, sin hacerse cargo de la accion peligrosa de las cantáridas sobre las vias urinarias, ni menos de los malos efectos de la absorcion de la cantáridina en la economía en general.

Toda revulsion dolorosa es dañosa; y este axioma que á primera vista parece demasiado generalizado, sometido á la esperiencia clínica es exacto. Si este principio pues es aplicable á todos los individuos ¿que será respecto de los niños? en ellos es precisamente en quienes el abuso de los vegigatorios es llevado al mas alto grado; es un tormento al que se les aplica con una perseverancia, sangre fria y crueldad digna de admiracion.

Hay una erupcion en la cabeza, por ejemplo un leve *favus*, al momento un vegigatorio; un flujo mucoso del oido, un vegigatorio; una optalmia, un vegigatorio y siempre vegigatorios: los multiplican, los varian, los entretienen y estimulan sin respeto ni consideracion á la ardiente sensacion local, á los infartos dolorosos de las glándulas circunvecinas, á la irritacion general, ni menos á la estenuacion del pobre paciente. Hay sobre todo niños en quienes este remedio produce los mas funestos efectos; y son los nerviosos y susceptibles, que ya manifiestan su irritabilidad por medio de gritos y agitacion, ó suportan y concentran estoicamente su dolor, apoderándose de ellos aquellas rábias secretas que Lord Byron decia tener en su infancia. En estas constituciones el vegigatorio produce hasta convulsiones, y el daño que

causa á su temperamento es á veces tan profundo, que el niño no vuelve jamas á recobrar su fuerza y vigor primitivos. Tal es muchas veces el origen de estas constituciones delicadas y enfermizas, tormento de la existencia; y el mayor obstáculo para la felicidad. ¿A que viene pues emplear un medicamento violento y doloroso, si los inconvenientes son acaso mas que las ventajas que de ellos pueden resultar? Yo á lo menos puedo asegurar, que la mayor parte de los casos en que el uso de los vegigatorios se ha prolongado en los niños con una fuerte irritacion local, las ventajas siempre han sido dudosas, y al contrario los resultados funestos y siempre positivos é inmediatos.

En vista de lo espuesto veamos quien puede mover á los prácticos á abusar en algunos casos de los vegigatorios. En mi concepto, en unos es cierta pereza rutinera, en otros la ignorancia del estado fisiológico del niño, y en casi todos la prevencion sistemática. Cuantas veces los médicos y médicos de un mérito incontestable prescriben vagamente vegigatorios á niños, sin haberlos observado sino muy de paso! Estas prescripciones hechas sin prévio y profundo ecsámen, y sin calcular el pró y el contra, son siempre sospechosas. Muchas veces me he sorprendido, despues de haber aconsejado la aplicacion de uno ó muchos vegigatorios á un niño delicado, al verlo estenuado y descolorido, gritando y llorando al momento de acercársele, temiendo sin duda que le iban á tocar el cáustico, causa de su suplicio diario. Hay médicos que convencidos por la evidencia, suprimen el ecsutorio, pero otros, y son los mas, los estimulan, y lo que es peor aplican otros nuevos, sin mas motivo que un instinto vago de que este medio debe curarle, supuesto que en otros casos semejantes siempre se han aplicado, y por último que es indispensable hacer algo. No sé si en medicina la pereza y la indiferencia han causado mas males á la humanidad, que las mas absurdas preocupaciones.

La ignorancia es la segunda causa del abuso que acabo de seña-

lar; pregúntese á cualquier práctico rutínero, por supuesto gran partidario de la medicina sin médico, que idea fisiológica tiene formada de la niñez, y quedaremos asombrados de su respuesta; sobre que base fijará sus indicaciones sino ha hecho un estudio especial de la constitucion de la primer edad? Para evitar pues abusos, y abusos de muchísima trascendencia el médico no debe ignorar, que en el niño, apesar de su debilidad aparente, hay mucha energía vital, que la vida se difunde del centro á la circunferencia con admirable facilidad; que las simpatías orgánicas son tan numerosas como rápidas; las reacciones activas, el sistema nervioso muy movable y eminentemente impresionable; la calorificacion poco energética, la fuerza de la asimilacion muy desenvuelta; que las membranas mucosas y por consiguiente el dermis gozan de una exquisita sensibilidad, y por último que cada órgano está dotado de una estremada vitalidad, de cuya reunion resulta, hablando el lenguaje de Brün, tal suma de escitabilidad que el escitamento debe ser muy moderado. Un médico matemático decia que un igual grado de estímulo está en relacion de uno á treinta respecto del niño al adulto.

Visto lo espuesto, facil es comprender la razon porque son tan frecuentes en esta época de la vida, las fiebres eruptivas, los espasmos, las convulsiones y las enfermedades del sistema linfático; el porque en esta tierna edad debemos ser sóbrios con los escitantes; el porque cierta clase de remedios los opiados por ejemplo, no deben emplearse sino con mucha reserva; el por que los purgantes dados aun en alta dosis producen poco ó ningun efecto; el porque los vegigatorios son dolorosos y tan insoportables que á veces producen la fiebre y los movimientos convulsivos; el porque en algunos casos estos escutorios se escienden con espantosa rapidez, etc. etc.

La tercera causa del abuso de los vegigatorios en los niños es la prevencion sistemática. Cuando el antiguo humorismo reinaba esclusivamente, se pretendía con su aplicacion traer el humor hacia fuera; posteriormente se trató de fortificar por este

medio el sistema, y en el día la principal indicacion es obrar un movimiento revulsivo. Muy difícil es que un práctico imbuido de una de estas tres opiniones, ó de cualquiera otra no menos esclusiva se detenga en la aplicacion del cáustico; proponiéndose un objeto, concibe una indicacion y dirige en consecuencia sus miras terapéuticas. Conozco á un niño escrofuloso á quien cubrieron de vegigatorios por espacio de seis meses, poniéndolo á un régimen lacteo y prescribiéndole al mismo tiempo medicamentos muy escitantes, solo con el objeto de destruir la pretendida irritacion de su sistema linfático. Sucede muchas veces que sobreviniendo á este método fenómenos funestos, se ven obligados á suspenderlo, pero esto es muy raro; se hallan tan persuadidos de que su doctrina es la única verdadera, es tan espeso el velo de la preocupacion, que están como encantados; no siendo el amor propio, no hay nada que deslumbre tanto al médico como los sistemas.

Muchas enfermedades podria citar en que la mayor parte de veces solo la prevencion sistemática es quien conduce á multiplicar en los niños la aplicacion de vegigatorios, pero me contentaré con presentar como un ejemplo, la optalmia. Cualquiera que sea su naturaleza, la forma, la variedad, el grado de intensidad y la sensibilidad del niño pocas veces dejan de recurrir para la curacion de esta enfermedad á uno ó muchos vegigatorios, pues que conviene, dicen, una revulsion activa, pronta y prolongada; cuantas veces sucede lo contrario de lo que se prometían, particularmente si la aplicacion es á la nuca ó detrás de las orejas! ¿No ven estos profesores que el dolor local y el de los infartos glandulosos circunvecinos; que el raptus de sangre á la cabeza, el insomnio y el llanto que es consiguiente, producen tal irritacion en los ojos, que se opone en gran manera á la curacion de la enfermedad? De esto debe colegirse lo dañoso que es el abuso de estos medios que por lo comun se prodigan, sin preveer los inconvenientes. Hay no obstante médicos que jamas se detienen en su aplicacion, creyendo que cuanto mas enérgica es la

accion vesicante, mas ventajoso es el efecto que resulta. La desgracia es que en prueba de su doctrina citan algunas curaciones. Pero ¿cual es el método y el remedio por absurdo, insignificante ó peligroso que sea, que no cuente en su favor algunas ventajas? ¿no tiene la naturaleza recursos particulares, y no cura muchas veces apesar del médico y del medicamento? Este es sin duda el caso de decir con un antiguo. *Servastí non ideo servator es: venenum aliquando pro remedio fuit, non ideo numeratur inter salubria; quedam prosunt, nec obligant.*

Hay ademas una consideracion que el práctico debe tener muy presente en la aplicacion de los vegigatorios, y es que este medio terapéutico el único acaso que presenta este contraste en sus efectos es á la vez escitante y debilitante; escitante, mientras la accion del vegigatorio mas ó menos activa, y dibilitante por la abundante y prolongada supuracion que produce. Sostener con un cáustico un medio de irritacion calculado rigurosamente sobre la naturaleza del mal y la irritabilidad del niño, es mas difícil de obtener que lo que comunmente se cree, pues siempre hay mucha ó demasiado poca escitacion ¿Y como podria ser de otro modo estando los escutorios por lo regular entregados á manos ignorantes y mercenarias? Curarlos, dirigirlos y vigilarlos parece impropio de la dignidad de aquellos médicos, cuyo aire de suficiencia encubre mal su pereza ó incapacidad. Lo que hay de cierto es que en nuestro arte no se consiguen jamas resultados ventajosos, si se desprecian ciertas cosas por mínimas que aparezcan, pues las mas pequeñas causas repetidas, influyen muy poderosamente en bien ó en mal sobre el curso de una enfermedad, y es preciso apreciarlas, calculando los efectos presentes y futuros.

He dicho.

